

Vacaciones en el quirófano

Daniela Rivera Rodríguez

Cuando tenía seis años fui a Bogotá con mis padres a visitar a mi familia. Pasamos nuestros días en el apartamento de mi tía Nélida pero mi papá tuvo que devolverse antes para Tuluá que es la ciudad de dónde vengo, así que pasé mis últimos días allá, con mi mamá.

Una noche fui con mi tía, con Luisa (mi prima) y mi mamá a visitar a Norberto, mi tío. Cuando llegamos decidimos salir a comer algo, en un lugar contiguo al parque. Salimos caminando pero como yo era pequeña y consentida, iba sentada en los hombros de mi tío. Mientras todos caminaban yo seguía arriba, espalda con espalda, descolgándome, subía y bajaba, es decir, jugaba.

Cuando llegamos al apartamento de mi tía, descansamos un rato. De repente, en la madrugada, me despertó un dolor horrible en el abdomen bajo. Desperté a Luisa y ella, desesperada, llamó a nuestras mamás quienes preocupadas, me llevaron al médico porque ya no soportaba el dolor.

Cuando llegué a la clínica y me hicieron los exámenes de laboratorio, los médicos le dijeron a mi mamá que yo tenía apendicitis y que a las 6 a.m. llegaría el cirujano. Mi papá moría de preocupación en Tuluá. Yo solo lloraba y decía que no me dejaría operar.

Pero como estaba a cargo de mi mamá, ella aprobaba lo que los médicos le decían. Moría de los nervios y la hora se acercaba; ya estaba lista para entrar a cirugía hasta que de un momento a otro, la cancelaron. No recuerdo cómo el cirujano descubrió muy a tiempo que mi dolor no era apendicitis sino un desgarre muscular que había sufrido por haber jugado de esa manera con mi tío.

Sentí que el alma volvía a mi cuerpo. Pude volver al apartamento, con una receta de medicamentos para calmar el dolor. A los días, regresé a Tuluá para ver a mi papá a quien tanto extrañé en esa clínica. Y es que entre flojos nos apoyamos... pues mi mamá estaba demasiado tranquila para comprenderme. Por eso lo necesité. ¡Ya estaba de nuevo con ambos!. La combinación perfecta para mí rápida y feliz recuperación.